



**PALABRA
DEOSO#1**

.....
*Todo empieza
en Nueva York*
.....

BOB FLESH

Osos peludos, chubbies viciosos, daddies encantadores, osazos polares, ositos panda... y un joven artista con un arma de destrucción masiva entre las piernas.

Muchos pelos y muchos kilos en la primera entrega de la serie de temática bear más explícita y morbosa jamás publicada en español: Palabra de Oso.

18 capítulos llenos de sexo carnoso y velludo, de escenas tórridas y sudorosas como pocas veces se han escrito. Y además, una apasionante historia de descubrimiento, amor y deseo ambientada en el Nueva York más cosmopolita.

Alivio de luto

No fue intencionado. De hecho, Marc estaba convencido de que aún necesitaría unos cuantos meses más para volver a ser algo parecido a la persona que fue. Sabía, eso sí, que jamás volvería a ser el Marc de siete años atrás, porque aquel joven inseguro y recién llegado a la Gran Manzana había desaparecido para siempre el bendito día en que conoció a Theodor.

Quizá la sauna de vapor del hotel Four Seasons no sea la mejor de Manhattan, pero era la preferida de Theodor. Él fue quien le llevó allí por primera vez, y desde su desaparición Marc no había vuelto a pisar la sauna ni el hotel. Hasta esa fría mañana de febrero en que se dejó llevar por un impulso inesperado y por el cálido recuerdo del vapor sofocante y el sudor purificador. Theodor ya no estaba, ya no volverían a ir juntos ni a esa sauna ni a ningún otro sitio. Si quería reconstruir su vida, Marc debía empezar a vivir por sí mismo.

Al abrir la puerta de madera sintió el familiar golpe de calor húmedo contra su cara y buscó entre la penumbra vaporosa un lugar en la bancada de madera donde dejarse caer. A las once de la mañana de un día laborable no suele estar concurrida, y esa había sido la razón definitiva para animarse a volver a aquel lugar de recuerdos agridulces. Sin embargo, conforme sus ojos se aclimataban a la semioscuridad pudo percibir a través de la nube de vapor una figura sentada frente a él. Al principio solo fue capaz de adivinar una forma difusa, voluminosa y oscura, y el resplandor blanquecino de una toalla. Pero en menos de un minu-

to, lo que tardaron sus ojos en adaptarse completamente a la escasa luz, supo con toda certeza que lo que tenía delante de sus narices, semidesnudo y sudoroso, era un osazo como la copa de un pino.

Parecía dormido, o al menos tenía los ojos cerrados, recostado contra la madera con la cabeza ligeramente inclinada hacia atrás. Los fornidos brazos apoyados a lo largo del respaldo dejaban a la vista unas axilas cubiertas de negrísimos caracolillos apelmazados por la humedad. La gran barriga, redonda y firme, y las dos tetas prietas de pezones oscuros y respingones estaban tapizadas de pelo negro, pegado a la piel brillante de sudor. Ajustada bajo la barriga llevaba una toalla que le cubría el comienzo de unos muslos gruesos como columnas. La toalla caía entre las piernas semiabiertas formando una especie de toldillo que ocultaba sus partes íntimas, y fue en ese momento, imaginando casi sin querer lo que se escondía bajo esa toalla, cuando Marc se dio cuenta de que tenía una erección como no había experimentado en muchísimo tiempo.

Una polla magnífica como la de Marc tenía muchas ventajas, claro, pero también algunos inconvenientes: cuando se ponía contenta era muy difícil de ocultar. Tuvo que recolocarse en su asiento, casi avergonzado por lo inesperado de la situación, intentando por todos los medios disimular el bulto entre sus piernas. El crujir de maderas despertó al oso, que al incorporarse ligeramente pareció descubrir de pronto que no estaba solo. Sonrió bajo su poblado bigote y se desperezó estremeciendo todas sus carnes. Se limpió con las manos el sudor de la cara y la calva, pasó los dedos por la espesa mata de vello del pecho y recorrió todo el arco de su barriga, dejando un rastro de remolinos empapados sobre la piel. Y de pronto, con un movimiento brusco aunque aparentemente inocente, separó las piernas tensando la toalla y dejando a la vista el rincón oculto. Marc no pudo evitar clavar los ojos en sus dos grandiosos huevos, descansando plácidamente sobre el asiento, y en el pene

relajado pero robusto que surgía entre la espesura negra de su pubis carnoso. Las piernas se cerraron de nuevo y Marc volvió a la realidad. Estaba en la sauna de un hotel mirando descaradamente las partes íntimas de un desconocido, probablemente un hombre de negocios de paso por la ciudad, que ahora le miraba a él fijamente, serio, casi diría que enfadado. Y lo peor de todo, Marc tenía una erección de caballo que por mucho que intentaba no había forma de ocultar bajo la minúscula toalla. Tenía que salir de allí.

Antes de poder hacer siquiera ademán de incorporarse, el osazo se puso en pie exhibiendo toda su humanidad peluda y redonda. Marc se quedó petrificado, intentando no mirar pero sin poder evitarlo, admirando las curvas brillantes de sudor y vapor, las gotas resbalando entre el pelo y la piel, mientras el hombre se dirigía hacia la salida con pasos retumbantes. Abrió la puerta y Marc se dispuso a decir adiós a la visión más excitante que había cruzado por su vida en el último año. Pero el osazo asomó la cabeza, miró a ambos lados y volvió a cerrar la puerta. Se dirigió entonces a la estufa y vertió un cazo de agua sobre las piedras calientes, provocando una bocanada de vapor que enseguida inundó todo el espacio.

Marc intentaba controlarse por todos los medios, entrecerrando los ojos para aparentar que dormitaba, con las piernas cruzadas tratando de ocultar su polla ingobernable. Pero cuando la toalla del osazo resbaló, casi a cámara lenta, descubriendo poco a poco un hermoso trasero de cachetes redondos y prietos tapizados de pelo oscuro, Marc no pudo soportarlo y tuvo que descruzar las piernas para liberar la presión en sus huevos y dejar respirar a su polla palpitante. Sin volverse, el osazo se agachó lentamente en busca de su toalla, y Marc se encontró a menos de un metro de su cara el culazo húmedo en todo su esplendor y, un poco más abajo, dos hermosos huevos colgando dentro de su saco.

No pudo evitarlo. Tampoco lo pensó. Su brazo decidió por sí mismo y se movió hacia delante. Su mano se abrió y acogió en su palma los testículos en su tierno envoltorio, sopesándolos entre sus dedos, disfrutando de su tacto viscoso y cálido. De pronto tomó conciencia de lo que estaba haciendo y apartó la mano azorado, pero enseguida se percató de que al osazo no solo no le había molestado su atrevimiento, sino que mantenía la misma posición agachada y ni siquiera se había preocupado de recoger la toalla del suelo. Por si quedaba alguna duda, el oso alargó sus manazas y clavó los dedos en sus nalgas, separándolas con fuerza y dejando a la vista un tornado de pelo negro y, en el centro, un hermoso agujero rosáceo que parecía estar diciendo cómeme. Y eso es justo lo que hizo Marc. Sin detenerse a pensar, sin ser consciente de que en el momento en que penetraba con su lengua ansiosa en el húmedo y cálido agujero estaba dejando atrás para siempre la etapa más sombría y triste de su vida.

Un gemido ronco y complacido recibió el primer embiste de su lengua. Siguieron más gemidos, muchos más, mientras Marc, de rodillas, lamía la raja de arriba abajo, frenéticamente, poseído por el deseo acumulado, alargando su lengua para llegar al fondo de aquel culazo sin fondo, sintiendo la caricia de los pelos en sus labios, en la cara hundida entre aquellas dos masas de carne. Se agarró a los muslos para profundizar más, deslizó una mano hasta el escroto colgante y después hurgó en su anverso en busca del miembro. Lo encontró muy diferente de la fugaz visión bajo la toalla. Su mano se topó con una polla gruesa y dura, tan erecta como la suya, más corta pero más gorda, y palpando descubrió que su capullo lubricado estaba pidiendo que una mano salvadora lo sacase a la luz por fin. Marc masajeó adelante y atrás, una sola vez, con cuidado. Un gemido grave y largo le confirmó que iba por buen camino, y entonces movió la mano con energía, cada vez más rápido conforme

los gemidos aumentaban en intensidad al ritmo de su lengua frenética en el centro del huracán peludo.

De pronto, el hombre se incorporó y Marc pudo admirar desde su posición la amplia espalda cubierta de vello rizado. Y cuando el osazo se dio la vuelta, Marc se encontró a un palmo de su cara con la polla gruesa y hinchada de venas que acababa de tener en su mano. Frustrando su impulso de engullirla, el osazo le miró desde lo alto de su barriga y le indicó que se pusiera en pie. Antes de darse cuenta tenía la lengua del oso recorriendo todos los rincones de su boca, enredándose con su propia lengua, y podía sentir el cosquilleo del frondoso bigote contra sus labios, y las manazas recorriendo su espalda, agarrándole el culo, subiendo hasta la nuca para atraerle contra su boca desesperada. Marc abrazó el corpachón húmedo sintiendo el vello resbalar entre sus dedos. Podía notar su polla desesperadamente hinchada restregándose con la del oso, su pelvis moviéndose con empujones involuntarios que chocaban contra el colchón peludo de la ingle osuna.

El oso abandonó la boca de Marc y bajó hasta sus pezones. Lamió primero, mordisqueó ligeramente después. Siguió bajando, recorriendo con su lengua el vientre plano, el ombligo sutil rodeado de pelo castaño, el caminito piloso hasta toparse con la polla exultante de Marc. La cogió con las dos manos como calibrando su longitud, miró hacia arriba buscando los ojos de Marc. Sacó la lengua, rozó apenas la uretra enrojecida y volvió a mirar a Marc. Y sin dejar de mirarle a los ojos, desafiante, la engulló de un solo golpe hasta enterrar la nariz entre el suave vello de su pubis.

A pesar de los sonidos guturales, de las arcadas que el miembro le producía al profundizar en su esófago, parecía disfrutar manteniendo la polla en su boca casi hasta el ahogo para dejarla salir después con un profundo suspiro de su cara enrojecida. Marc se estremecía con intensos escalofríos que le recorrían la espalda y le nublaban la visión. Sintió que necesitaba tomar el control. Agarró la cabezota del

oso y la apartó de su rabo. Le obligó a mirarle a los ojos y sin una palabra le hizo saber que ahora él estaba al mando. El oso se relamía y abría la boca intentando sin éxito volver a acoger la polla en su interior, pero Marc la movía frente a su cara, golpeándole las mejillas, permitiéndole apenas rozarla con los labios. Hasta que con un rápido movimiento de pelvis se la metió hasta la nuez, y la mantuvo allí hasta que los ruidos guturales sonaron a peligro de ahogamiento. Cuando la sacó, el osazo le miró con un hilo de baba colgando de la comisura y una sonrisa de agradecimiento.

Volvió a metérsela hasta el fondo, una y otra vez, y cuando Marc ya no pudo más, cuando supo que si volvía a follarle la garganta escupiría todo el semen acumulado durante meses, levantó al oso del suelo y lo tumbó boca arriba en uno de los bancos. Se lanzó sobre él y le besó con ganas, mordió sus pezones agarrando con fuerza las tetas peludas, entre gemidos arrebatados del osazo sudoroso que le clavaba las uñas en la espalda y le abrazaba las caderas con sus poderosas piernas. Se incorporó mirándole a los ojos y alzó una de las piernas hasta su hombro. Luego la otra. Miró hacia abajo, a la hendidura oscura bajo los huevos, y dejó a su capullo buscar el camino hacia el agujero húmedo. No tardó en encontrarlo, pero la resistencia era mayor de la esperada. El osazo hizo una mueca de dolor y Marc relajó el ataque. Ninguno de los dos estaba dispuesto a frustrar el perfecto desenlace del encuentro y el oso separó sus nalgas para facilitar la penetración. Marc escupió sobre su polla y se abrió camino con tacto, lentamente, observando la expresión de su cara, y cuando la mueca de dolor se transformó en otra de placer, cuando la boca se abrió y los ojos como platos miraron al techo extasiados, la polla de Marc desapareció en toda su longitud dentro del culazo del oso, que lo agradeció con un gemido largo y profundo seguido de un suspiro de intensísimo placer.

Marc sabía que no podría aguantar mucho, así que se movió lentamente, saboreando cada empujón, sintiendo la

presión de la carne en torno a su miembro, admirando el paisaje peludo ante sus ojos, la barriga redonda entre los muslos alzados, las tetas duras de pezones enhiestos, la mueca de placer bajo el bigote húmedo. Agarró la polla gruesa y durísima y sintió el líquido viscoso que goteaba en su extremo. Sincronizó los movimientos de su pelvis con los de su mano y conforme el ritmo de los movimientos aumentaba, también lo hacían las respiraciones de ambos. Hasta que los empujones se volvieron frenéticos, golpeando con fuerza pelvis contra pelvis, salpicando sudor en cada golpe, y vencido ante los movimientos frenéticos de la mano de Marc, el oso soltó un estruendoso gruñido y su polla disparó una enorme bocanada de leche que fue a parar a la alfombra peluda de su pecho, seguida de varios chorros más que inundaron su barriga y su pubis. En un rápido movimiento, Marc sacó la polla y disparó un potente chorro que, dibujando un arco en el aire, fue a parar a la cara extasiada del osazo, salpicando el banco de madera y hasta la pared de detrás.

Los gemidos y suspiros resonaban aún entre las paredes del cubículo cuando Marc se dejó caer sobre la barriga resbaladiza de su amante, derrotados los dos, empapados de fluidos comunes. Durante varios minutos permanecieron así, abrazados en silencio, recuperando el resuello. Hasta que Marc alzó la cabeza de su mullido colchón de pelo y le dijo al bigote sonriente y salpicado de semen:

—Gracias.

—Gracias a ti. —Contestó el bigote.

Al salir del hotel y sentir contra su cara el golpetazo del invierno neoyorkino, Marc supo en lo más profundo de su ser que acababa de iniciar una nueva etapa en su vida. Nunca podría olvidar a Theodor ni todo lo que habían compartido en esos años juntos, sin duda los más felices de su vida. Pero caminando con paso rápido hacia su apartamento en el Upper West Side, Marc tomó una decisión: había llegado el momento de quitarse el luto emocional que le

había acompañado dolorosamente durante el último y larguísimo año.

El marchante polar

Conoció a Theodor nada más llegar a Nueva York. Fue en una de las primeras galerías que visitó, pertrechado con su cartapacio y toda la audacia del que no conoce el terreno que pisa. La señora que le atendió, excéntrica pero elegante, no se esforzó demasiado en hacerle entender que su galería no estaba buscando nuevos artistas y que no tenía tiempo para mirar su obra. Era la quinta respuesta parecida que Marc recibía en esa mañana, y su infalible plan para hacerse un hueco en el mundo del arte neoyorkino, y por tanto mundial, empezaba a hacer aguas por todas partes.

—¿Me permites?

La voz a su espalda sonó firme pero cálida, y cuando Marc se giró intrigado se tropezó con el azul profundo de los ojos de Theodor atravesándole el alma. ¿Flechazo? Quizá. No tendría oportunidad de considerarlo hasta mucho tiempo después, cuando ya compartían apartamento y vida en uno de los barrios más elegantes y caros de Manhattan y el nombre de Marc Brossa empezaba a sonar entre marchantes y coleccionistas como uno de los artistas potencialmente más rentables de la década.

Por supuesto, fue Theodor quien se encargó de colocar su nombre y su obra en la casilla de salida de lo que podría ser una carrera artística. Pero fueron sin duda el talento de Marc, su asombrosa capacidad de trabajo y una perspectiva personal y única de la creación, los factores determinantes para que un joven pintor europeo, desconocido en Europa, llegase a exponer en las mejores galerías de la capital del

mundo y a colgar sus cuadros en los salones de la exigente alta sociedad de Nueva York.

Desde un punto de vista físico, Theodor era un oso popular de catálogo. Escaso pelo cano, barba cana, vello cano, complexión fuerte y amplios volúmenes curvos bajo la ropa. Cuando Marc se giró en busca del origen de aquella voz, lo siguiente que percibió tras los penetrantes ojos azules fue una rotunda barriga cubierta por una camisa hawaiana y dos gruesos y bronceados antebrazos tapizados de vello canoso. Marc nunca había tenido una especial predilección por los osos polares. El vello era importante pero no su color, y en su país de origen, debido seguramente a la calidez del clima, eran mucho más abundantes los osos de pelaje oscuro.

Aquel primer encuentro con el que poco después se convertiría en el hombre de su vida terminó con un simple apretón de manos y una cita para el día siguiente en su despacho de la Calle 56. Theodor apenas había ojeado por encima los dibujos y fotografías del cartapacio, pero un par de ellos le habían llamado la atención y había pedido a Marc que llevase a su cita más piezas de ese estilo. Por supuesto, Marc agradeció su interés con efusividad y prometió llevarle otros trabajos similares en diferentes formatos.

Theodor se echó a reír cuando le vio aparecer al día siguiente cargado con carpetas, tubos, lienzos y hasta una pieza en madera de considerables dimensiones. Marc contestó con un divertido «mejor no te lo cuento» cuando Theodor le preguntó cómo se las había arreglado para cargar con todo aquello por los pasillos y vagones del metro. El trabajo de Marc interesó enseguida a Theodor, marchante y coleccionista él mismo, pero la obra no era suficiente.

—Nueva York está lleno de artistas que se creen el próximo Warhol —dijo Theodor mirando fijamente a los ojos de Marc—. Pero para llegar a algo en este mundo tan competitivo, además de ser un gran artista hay que demostrarlo, hay que estar dispuesto a hacer grandes sacrificios, hay

que tener una voluntad inquebrantable y ser capaz de tragarte el orgullo y el asco ante determinadas personas. ¿Entiendes de lo que hablo?

—Creo que sí —contestó Marc rogando en silencio para que el gran sacrificio que le tocara fuera al menos una mamada al osazo que tenía enfrente.

—¿Estás dispuesto a sacrificarte?

—Completamente. Lo que sea... Ahora mismo si quiere. Theodor soltó una sonora carcajada y se puso en pie.

—Ven conmigo.

Marc le siguió expectante por pasillos y escaleras, sin dejar de mirar sus anchas espaldas, sus caderas acolchadas y el culazo intuido bajo los pantalones de lino. Theodor había sustituido la camisa hawaiana por un traje ligero y una camisa sin cuello. Un par de botones desabrochados dejaban escapar un mechón de salvaje pelo blanco de su pecho. Llegaron a lo que parecía un búnker acorazado, y tras introducir un código, Theodor empujó la pesada puerta y entró detrás de Marc.

—La mayor parte de lo que hay aquí pertenece a mi colección privada —dijo Theodor desplegando enormes bastidores llenos de cuadros—. Pero también hay mucha obra en venta, sobre todo de artistas nuevos como tú. Como ves, no es fácil hacer algo que no esté hecho ya. Y sin embargo, creo que tú tienes una voz diferente, muy potente. Si me dejas ayudarte, quizá puedas conseguirlo.

—¿Esto es un Rothko?

—Sí.

—¿Original?

—No vuelvas a preguntar eso jamás.

—¡Tiene usted un Bacon!

—Un par.

—¿Puedo tocarlo, por favor? En los museos está prohibido, y siempre me ha intrigado mucho la textura del pincel de Francis Bacon.

—Con cuidado.

Marc acercó la mano lentamente, rozando apenas el lienzo, con la cara a escasos centímetros, admirando cada trazo, cada variación de color. Y permaneció así, absorto y ausente, recorriendo el cuadro palmo a palmo, hasta que la voz profunda de Theodor le sacó de su trance.

—¿Sabes que eres muy guapo? Eso es bueno, te ayudará a abrir algunas puertas. Pero una cara bonita y un físico atractivo no sirven de nada si no llevas un genio dentro. Bacon no era guapo, Rothko tampoco, pero los bares de Nueva York están llenos de camareros guapitos que quisieron ser grandes artistas.

—La belleza es un concepto totalmente subjetivo. Depende de la sensibilidad del observador. A usted yo le puedo parecer atractivo porque, como la mayoría de la gente, tiende a percibir la belleza en el sentido clásico del concepto, la proporción áurea y todo eso. Para mi sensibilidad, en cambio, el concepto de belleza estaría mejor representado por un cuerpo como...

—¿Cómo cuál?

Marc sintió una oleada de intenso calor que le subía por la cara. Bajó la mirada huyendo de los poderosos ojos azules de Theodor y se encontró con su barriga, más poderosa incluso que sus ojos.

—¿Cómo el mío? ¿Te parece bello mi cuerpo?

Marc asintió sin atreverse a levantar la vista. Theodor dio un paso hacia él, cogiéndole suavemente del mentón le obligó a mirarle a los ojos y, con ternura infinita, le besó en los labios.

West Side Love Story

Al entrar en casa se fue directamente al estudio y encendió el portátil. Había tomado una decisión que hasta ese momento le parecía inconcebible. Khalid, el saudí de la sauna del Four Seasons, había roto la maldición, y Marc se sintió por fin liberado de la losa que había arrastrado penosamente durante todo un año. Tragando bebida isotónica para rehidratarse, escribió un par de emails y compró los billetes de avión. Luego se derrumbó en el sofá del salón y se quedó mirando el cuadro de Bacon sobre la chimenea. Theodor lo colocó allí el mismo día en que Marc llegó con sus escasas pertenencias dispuesto a compartirlo todo con él.

La primera vez que Marc entró en aquel apartamento de la Calle 75 Oeste creyó estar viviendo una película de Hollywood. Había visto *West Side Story*, claro, pero no pensaba que en pleno siglo XXI quedasen en pie tantos edificios de ladrillo rojo con escaleras en la fachada como los que servían de escenario a las peleas bailadas entre Jets y Sharks. El apartamento de Theodor ocupaba la quinta y última planta de uno de esos edificios. Cuatro habitaciones, estudio luminoso, un salón enorme y diáfano y un solárium en la azotea al que se accedía por una escalera de caracol. Y cuadros por todas partes. Siglo XX americano sobre todo, Warhol, Pollock, Hopper. Pero también alguna pieza de Giacometti, un grabado de Rembrandt y hasta un Monet.

Theodor era perfectamente consciente del impacto que su colección provocaba en cualquiera que visitase su casa por primera vez. Y si el visitante era un guapo pintor prime-